

LAS REALIDADES AUTARQUICAS (2006) De Berlín a Chiapas, Ilave y los demás (°)

(°) Edición revisada y recortada de: *Las realidades autárquicas. De Berlín a Chiapas, Ilave y lo demás*. En: *Socialismo y participación*, n°100, enero del 2006. Edición especial. Lima, CEDEP, pp. 55-73.

¿Y si tenemos que redefinir el concepto de “pueblo”, más allá del romanticismo liberal que lo acuñó, extendido ahora a actores diversos y hasta contradictorios? ¿Y no esta vez a un proletariado o clase oprimida alguna sino a diversos sujetos sociales? ¿Y si como lo han planteado Michael Hardt y el italiano Toni Negri en *Imperio*, las demandas anti-hegémónicas no tienen porque ser unificadas? ¿Y si la emergencia con triunfos y derrotas de un nuevo tipo de “revolucionarios sin revolución” va formando identidades políticas inéditas, tanto en el mundo industrial y postindustrial como en las sociedades periféricas? ¿Sujetos sociales colectivos a los que llamamos, entretanto, faltos de otros términos, “multitud” o “actores emergentes” ? Y si las víctimas se organizan de otra manera en los días del post-leninismo ? ¿Y si se acercan nuevas formas de radicalismos —por qué no democráticos— que sobrepasan la lógica misma de la representación delegativa? ¿Y si la manera misma de hacer política ha cambiado ? ¿Y si el viejo topo de la historia ha vuelto a cavar, y esta vez, furiosamente ? ¿Y si es otro el papel de la libre inteligencia ? ¿Un trabajo de hermenéutica y de anticipación?

Introducción

El siguiente ensayo se compone de tres partes. Un texto inédito seguido de dos reflexiones sobre la democracia en el alba del siglo XXI y las nuevas formas de autodeterminación y conciencia colectiva. La primera, sobre la caída del Muro de Berlín, es parte de un libro mayor, el que compuse al concluir *Hacia la tercera mitad*, contraparte externa, internacional de aquel, constituyendo una suerte de lectura del mundo desde una perspectiva sudamericana, vale decir, a la vez periférica e interesada. Ese libro, aun inédito, es de alguna manera la otra mirada de mis preocupaciones, puesto que si *Hacia la tercera mitad* es la parte

peruana, para decirlo así (aunque hay desarrollos comparativos que incluyen México, Japón, España y la India), lo otro es lectura de la escena mundial. Ahora bien, para este aniversario, el de *Socialismo y Participación*, para los cien números de esta revista, me pareció oportuna su publicación, en la tradición de las páginas anticipadas, de lo que los franceses llaman *les bonnes feuilles*, y así lo han considerado los editores de esta revista.

Esta misma revista publicó en los años ochenta mi primer trabajo sobre "anomia". Luego, un ensayo con sesgo en la sociología cultural sobre "huachafería". Sendos trabajos fueron recogidos por mí en mis libros posteriores. No es la primera vez que esto ocurre. Dicho esto, conviene señalar al lector el carácter particular de la presente entrega.

El libro sobre "los mundos de la mundialización" comienza su lectura con dos episodios que en la bibliografía corriente rara vez van de la par. La caída del Muro de Berlín y, por otra parte, la visita a otro escenario excepcional, la región de Chiapas, México, en este último caso mi observación directa, en el terreno, de la emergencia del EZLN. Residía en aquel momento en Tahití, era profesor, Maestro de Conferencias en la universidad francesa de esa isla, y desde ella, en el curso de los años noventa, emprendí repetidas veces viajes a la América Latina, y no solamente al Perú, unas 23 veces a puntos diversos en el curso de doce años. Pero a lo que iba, me perdí varias veces en las cañadas de Chiapas, en la selva lacandona, entrevisté en alguno de estos viajes a indios chamulas, y hablé con lugartenientes del sub-comandante Marcos, visitando los pueblos mayas, observando el conflicto mismo, y aunque llené libretas y libretas de apuntes, no me animé entonces a escribir sobre ese singular movimiento, preso acaso de un diluvio de dogmas y prejuicios a favor y en contra de la irrupción de ese movimiento tan singular en un escenario político tan estructurado como el mexicano, para sorpresa de tirios y troyanos.

Aquí tampoco me animo a avanzar del todo mis conclusiones, salvo retener su historicidad. Chiapas insurrecta tanto como el episodio del derrumbe del Mur de Berlín y un poco más lejos, el mayo parisino del 68, me llevaron al alumbramiento de un concepto. En definitiva lo siguiente: estoy convencido que la lógica de las ciencias sociales está

enfrentando la aparición de un nuevo sujeto emancipatorio social, por una parte. Y por la otra, que éste carece de un perfil claro, y menos de un nombre, y de ahí que le solemos llamar de maneras diversas, Acaso porque lleva consigo no uno, sino varios sentidos y agentes de cambio, de manera que las combinaciones de lo viejo y lo nuevo autorizan a aventuras epistemológicas como hablar de lo progre-regresivo, de lo modernizante conformista, etc. Las categorías binarias se quedan tan cortas como cuando en la mecánica cuántica la descripción de la materia tiene que admitir que a veces el observador enfrenta una onda, otras un corpúsculo, y en todo caso, definir es dejar escapar algo del fenómeno mismo, es mutilarlo. En fin, a los mencionados, los llamaré por el momento, “actos emancipatorios”, sin que ese “episteme” postule ni lazos de familiaridad entre ellos, pues proceden los tres de tradiciones culturales diversas si no opuestas, y porque no hay internacional alguna que los coordine. Postular la inquietante similitud no significa otorgarle al concepto de “actos emancipatorios” un estatuto científico, ni menos por ahora un paradigma hermenéutico común, salvo exponer cierta direccionalidad: el lado emancipatorio en cada caso. Y la idea de “acto”, que no es sólo una conducta, que guarda el aspecto espectacular, dramático, sensacional cómo irrumpen en la historia. En ambas ideas se halla la idea de Marx, es decir emancipación y praxis, pero por un camino que a la vez lo que lo prolongo, me alejo de su iglesia y de sus repetidores.

Al examen del caso alemán que derrumba el Muro en 1989 se dedica la primera parte. En la segunda me refiero, a grandes rasgos, a la democracia después del Muro, y en pocas líneas, extendiendo la reflexión a otros fenómenos de emergencia emancipatoria, como los comienzo desde ahora a denominar, a los casos que luego evocaré latinoamericanos y andinos. En las tres partes, lo global y lo local resultan cada vez menos separables, cruzándose como hilos de una sola cuerda para un fenómeno (¿o varios a la vez?) habitados por el presente y en parte por el futuro, ya en el vientre de lo que nos parece confusa y opaca actualidad. Andando se verá más claro. Ha nacido otra historia, otro tiempo, mortales como somos, presos de nuestras costumbres mentales, incapaces de denominarlo, y menos aun, a sus agentes constructores/destructores.

I parte

Berlín, 1989. Notas de viaje

Los que transitaron por un Berlín convertido en frontera interalemana deben recordar la estación de Friedrichstrasse, por aquel entonces la única autorizada al tráfico. Eran los días en que el Muro berlinés alcanzara una significación enorme, mientras la próspera paz en el lado occidental se hacía a su sombra, al filo de la guerra fría y del equilibrio del terror atómico. Por lo que recuerde, del lado Oeste, el Muro estaba repleto de pintadas o grafiti, y con el tiempo ese lado del Muro se había convertido en una zona casi idílica con jardincitos y expresiones de una cultura alternativa, en suma, un objeto cultural, una suerte de lugar mítico, que luego la cinematografía habría de recuperar en filmes de espionaje, y aun mejor, en la obra de Wim Wenders, *Las alas del deseo*, como una suerte de símbolo de la misma condición humana. Un signo melancólico de encerramiento del que ni los ángeles escapaban.

Mientras el mundo y los berlineses se habían habituado al Muro, del lado occidental este tomaba el aire de una muralla de paredón de lo más corriente como los que rodean cualquier extensa prisión, aunque desde 1985 las minas y las alambradas habían desaparecido. Lo cierto es que poco antes de ser derribado los turistas solíamos encaramarnos para echar un vistazo del lado oriental, y lo que veía entonces, del otro lado, era un muro sin pintadas y cuarteleramente limpio. Los alemanes tenían, obvio es decirlo, otra percepción de esa muralla. "El muro destroza nuestras familias, separa matrimonios y perturba los vínculos entre amigos, en realidad atraviesa el corazón de cada berlinés", decía en 1989 el alcalde de la ciudad, Walter Monper. Ahora bien, la noche del 9 de noviembre, la noche en que cae el Muro, aquello se volvió una "una sala de fiesta, una galería de pintura, una pantalla de cine, una casete, un vídeo, un museo". Un observador, Darnton, compara la destrucción del muro de Berlín en manos de una muchedumbre al final de otro lugar mítico-histórico, hace dos siglos atrás, a la Bastilla parisina. El mismo testigo dice en su crónica haber visto una pancarta con esta inscripción: 1789 - 1989. (1).

En fin, una muchedumbre de ciudadanos alemanes en la noche del 9 de noviembre rompen y derrumban con sus propias manos el muro de Berlín. Lo primero que hay que decir que eso era el fin de la doctrina Brejnev, vale decir, el derecho de los soviéticos a intervenir en los "países hermanos" para salvaguardar el socialismo, doctrina que al desaparecer, colocó a las autoridades de la RDA en una suerte de impotencia, de vacío de poder, lo cual conduce finalmente a ese Estado a su propia pérdida. Y por un efecto inesperado, la búsqueda de autonomía de varias repúblicas de la URSS, en el fin de ésta. Nunca está demás decir que la primera entidad "nacional" que quita la URSS es la propia Rusia. Fue el fin de muchas cosas. El muro de Berlín, conviene recordarlo, había nacido en 1961 para contener el éxodo de los ciudadanos de la RDA. Y es por la acción de los ciudadanos que se derrumba. Y con él, el siglo veinte.

Berlín, 1989. *Wir sind das Volk* (2). Un pueblo, el berlinés, acaba con la representación proletaria del poder que se reveló entonces lo que había señalado centenas de intelectuales y políticos de izquierda disidentes de la versión moscovita, de Trotsky a Castoriadis, una ficción, un mito, una legitimidad ilusoria y fraudulenta al servicio de una burocracia totalitaria. Berlín 1989, sin embargo, abre y no cierra una vasta discusión. ¿Cuál es el significado de esa revuelta paradójica, de esa demolición multitudinaria y pacífica de un Estado y un estado de cosas? Esa victoria no implica, al revés de las revoluciones históricamente precedentes, ninguna gran utopía triunfante. Los vencedores se disgregaron.

Mi reflexión quiere tomar en serio el inesperado lema que corrió espontáneamente sobre la muchedumbre congregada aquella noche, según los contados corresponsales de prensa presentes, cuando el Muro recibía los primeros golpes de picota, la multitud coreaba, "nosotros somos el pueblo", *Wir sind das Volk*. Es decir, nosotros y no el partido. Lema y no consigna, expresión de una muchedumbre librada a sí misma, sin dirección y sin iluminada vanguardia y que funda su autonomía a la vez que su propia autorganización. Sería un error tomar

aquello como una crisis que erosionó únicamente al comunismo o las pretendidas vanguardias, o un asunto meramente alemán o europeo. Todavía me satisface menos lo que se dijo, que aquello era un simple retorno a Rousseau. La idea de la "voluntad general" no implicaba actos de fuerza.

Muchas cosas concluyen con el muro de Berlín. Sin duda se derrumba el sistema de defensa de los países del Este, el poder de la URSS, y se resquebraja el último de los totalitarismos que sobrevivía en el espacio occidental. ¿Pero quién creará que el fin del comunismo es sólo el fin de la Rusia Soviética? Admitamos que esos acontecimientos configuran el mundo de nuestros días, la victoria de la ideología del mercado y las economías abiertas, del capitalismo en suma. Y acaso, un tiempo sin proyecto. Como señalaría poco después el historiador francés, François Furet, el fin del comunismo real fue el fin de una gran ilusión (3).

La idea merece sin embargo algunas observaciones. Esa ilusión como la llama Furet, no tuvo como antecedente únicamente a Lenin y los bolcheviques, en realidad se remonta al siglo XIX y sus luchas sociales, a los efectos sociales y económicos de la aparición de la sociedad industrial, y acaso más atrás, a la Ilustración, a la confianza en la perfectabilidad del género humano por la vía de la voluntad política de un Diderot y los Enciclopedistas. La utopía socialista, y no el estalinismo, acompañó la historia de la modernidad. Como no se han cansado de señalar los grandes herejes del orden liberal, desde Schumpeter a Albert O. Hirschman (5), si el sistema capitalista se humanizó y entregó espacios de libertad y de bienestar a su clase trabajadora, fue que se admitieron dolorosamente reformas, desde las fordistas de comienzos de siglo al Estado de bienestar a mitad del siglo XX, y en general, podemos admitir que ese inmenso sistema de modificaciones tuvo como motivo profundo no siempre confesado el temor bien fundado a una revolución proletaria. En el capitalismo occidental, cuando todavía había clase obrera y no fábricas automatizadas, las formas de vida de los trabajadores fueron elevándose mediante el sindicato, la protesta y la negociación, hasta llegar a empleos bien remunerados, y porque no decirlo, a la condición de ciudadanos-consumidores impensable en los inicios del capitalismo salvaje de los días de Karl Marx. En Occidente se impuso no una

revolución sino varias mejoras, un reformismo social de sucesivas protestas y parciales victorias que detestó Lenin pero que llevó más lejos y mejor las reivindicaciones obreras primitivas que el monstruoso Estado del que fuera fundador. El Occidente industrial y capitalista le debe paradójicamente a sus reformadores y críticos de izquierda, su superioridad sobre la versión oficial del comunismo, el soviético, al que finalmente, derrotó no por comunista sino por no serlo, ni tampoco capitalista. Un experimento que comenzó en 1917 y acabó en 1991. Dejando confusos a millones de hombres en el mundo. Manchando con el signo del más atroz despotismo y tras una serie de sucesivas agobiantes mentiras oficiales desacreditando a la palabra socialismo y a la esperanza de una revolución. Por un buen rato. La emancipación de los hombres por los hombres va ocurriendo, pero por caminos inesperados. Acaso no contra el capitalismo sino a través de él. Las ironías de la historia de Hegel. El viejo topo de la historia de Marx.

Sin embargo, el comunismo continúa turbándonos, en gran parte porque es polisemia y amalgama. Tomó la forma de un tipo de Estado policial. Pero hay que reconocer, lo que no hace el historiador François Furet, lo siguiente: fue el nombre de una religión política de innumerables fieles sacrificados en una serie de combates y conflictos del siglo veinte, y que no siempre los adeptos llegaron al poder o tuvieron ocasión de desarrollar la lógica del partido único que gobernara en nombre de los proletarios pero sin ellos. Es hora de decir que en los lugares en donde no triunfó, —Francia del frente popular, España republicana, la Grecia ocupada por los nazis pero resistente con partisanos y comunistas armados para luchar por su libertad—, fue otra cosa. En otras naciones, innumerables, de Italia a la España franquista, fue un movimiento social, en unos casos clandestino y en otros inserto en los mecanismos de representación democrática, que provocó mejoras y progreso. A pesar de la obra de Furet, la historia del comunismo en el siglo veinte está por redactarse y ella será en gran parte la historia de sus ambivalencias.

El movimiento o los movimientos comunistas son una cosa, otra el sistema político que impusieron, "el socialismo realmente existente", cuyos rasgos son de todos conocidos, y ante los cuales es difícil si no imposible su apología: pérdida de libertades, Estado omnisciente,

burocracia partidaria con monopolio de la riqueza y el poder. Volviendo a Berlín, los disidentes en el Este usaban un término todavía más preciso: "Estado criminal" (4). En cambio, como movimiento, insisto, en el Occidente industrializado, la paradoja es que el comunismo oficial que no alcanza a modificar las condiciones de vida de los trabajadores en el Este europeo, sí lo hizo en el Oeste, en donde el capitalismo fue obligado a humanizarse debido a la lucha de los sindicatos y la presión social.

¿El comunismo del Este mejoró al Oeste al capitalismo? No solamente eso sino que en los terribles años treinta, los movimientos obreros le cerraron el paso al fascismo, es decir, a la versión más reaccionaria y criminal del propio capitalismo. La lucha de los intelectuales comunistas tomó el lugar que debería haber correspondido a los liberales que en muchos casos, en años de combate y compromiso, desertaron o prefirieron posturas más tibias. No necesitamos insistir en la flagrante contradicción de los comunismos democráticos de la entreguerra, que luchaban contra las dictaduras en nombre de la promesa de otra, la del proletariado (que no llegó, y cuando la hubo, tomó la forma de las camisas pardas del hitlerismo, que como sabemos, fue un movimiento popularconservador y obrero. No sólo obrero, claro está, pero inquietantemente proletario). En fin, el comunismo como creencia, mito y apuesta inmanente de un paraíso en tierra, su examen pertenece al orden de lo imaginario y lo utópico e ingresa por completo en lo que Raymond Aron llamaba "las religiones políticas". Rusia soviética creyó en el determinismo histórico, los planes quinquenales, y apostó por la crisis del capitalismo. Pero el gigantismo de su industria pesada conducida por el Estado soviético no le permitió ingresar a la fase de las innovaciones tecnológicas de la segunda y tercera revoluciones industriales, al contrario. No solamente las predicciones no se cumplieron sino que el mundo de la máquina lleva en este siglo un sello occidental y norteamericano y no soviético. Fuera de la URSS, el comunismo constituyó una vasta esperanza, no solamente una potencia que equilibraba ante países del tercer mundo los excesos de las potencias occidentales sino una suerte de religión de los desposeídos para acabar con la alienación y todo lo que conduce al hombre a ser el lobo del hombre. Como ideal y no sólo como idea, el comunismo fue una causa por la que murieron muchísimos, algunos de los mejores,

como en las Brigadas internacionales. ¿Libertadores y tiranos a la vez? La terrible verdad es que en particular en el mundo asiático, en China, Camboya, Corea del Norte y Vietnam, se ha interactuado con formas tradicionales de despotismo, y sigue de pie, aunque sin el mensaje universalista que disfrutaron, con razón o sin ella, los dignatarios del Kremlin. Pero reducir, unos y otros, a unas burguesías rojas será una facilidad a la que no nos expondremos. El declive de esta religión del siglo veinte, abre las puertas a la democracia, como a las más grandes aventuras, desde el retorno de las religiones a los repliegues identitarios. Las sociedades no pueden vivir sin algunas grandes y emocionantes ilusiones, en el mejor de los casos. En el peor, con un recurrente, constante retorno al engaño colectivo, a la mentira social. Y el trabajo nuestro, de la libre inteligencia, es un trabajo incansable de desenmascaramiento. Cuando el mundo se vuelve fábula, hay que desencantar, como lo habría dicho Max Weber (aunque, claro está, “el ocaso del mundo embrujado” en la América Latina no es para mañana. ¿Quién ha dicho que el papel del intelectual es grato? El de la seducción y el “agon”, la lucha que admite fintas y maniobras, desde Maquiavelo, obra y hasta obligación de políticos. Ambos extremos, quienes piensan y quienes actúan, se enfrentan y se nutren a la vez, pareja dialéctica (en otra ocasión desarrollaré esa oposición, como entre héroe y santo, monje y guerrero).

Berlín, 1989. ¿Qué pasó exactamente? Es curioso el impreciso espacio que ocupa esa revolución paradójica en la mitología de nuestro tiempo, menos que la Primavera de Praga, las manifestaciones de la plaza de Tiananmen de Pekín y sin duda que el mayo parisino de 1968. No es, por cierto, que no se le tome en cuenta, pero se le suele abordar desde las dificultades de la RDA en la proximidad de las celebraciones de su fundación o como antesala de la unificación alemana. Pero la demolición del Muro por iniciativa colectiva, de un símbolo, ¿es apenas un epifenómeno de la crisis del sistema Honnecker? ¿Todo remite a la crisis de la URSS bajo Mijaíl Gorbachov? Es el punto de vista más corriente en textos escolares. (5). No hay lugar para la sorpresa. La reducción universitaria de la historia tiene ese inconveniente: no deja sitio a lo imprevisto, o el factor decisional de la historia. En otras palabras, la dificultad para reflexionar sobre los mecanismos de acción

social que conducen al derrumbe del Muro no proviene de la ausencia de información —como noticia dio la vuelta al mundo— sino de unas limitaciones metodológicas. De la habitual pobreza de una lectura institucional e histórica ante hechos que no son la historia sino su denegación. Seamos sinceros, lo académico suele pensar con dificultad la emergencia de lo imprevisible, o no lo piensa del todo. Existe, por otra parte, la consiguiente dificultad para situar los agentes sociales emergentes, novedosos, en este caso, llamado "multitud", la "foule", o un tropismo de multitudes. Es como si ante fenómenos tan de nuestro tiempo, tuviéramos que acudir a las categorías de los primeros sociólogos, los del fin del XIX, como Le Bon, y también Tarde y sus leyes de la imitación o propagación (*Les lois de l'imitation* es de 1890).

¿Qué hace, en efecto, que el epílogo de la RDA se coloque tan asombrosamente cercano a la Comuna de 1871 y a otros tipos de explosiones político-sociales contemporáneas cuyo actor social no es ni un partido, ni una vanguardia ni un movimiento de clases como en el pasado? Se ha dicho, irrupción y espontaneidad de las masas. ¿Retorno a la aparición de nuevos actores sociales, y otra dinámica social?

Me inclino por la emergencia, por lo nuevo, aunque ello sea por el momento difícil de clasificar y comprender. Por las razones que siguen. Ante el muro de Berlín no hay recurso posible a una simbología anterior. Esos ciudadanos de una república industrial y moderna no son "los primitivos de la revuelta" de Eric J. Hobsbawm ni los "fanáticos del Apocalipsis" estudiados por Norman Cohn. Tampoco son los jacobinos de 1793 de Víctor Hugo ni los terroristas de Shanghai de 1927, de *La condición humana* de Malraux. Estamos lejos de *Germinal* y del *18 Brumario*, puesto que se enfrentan a un poder pero sin ánimo de capturarlo. Nadie pronunciaría en las circunstancias de ese desmontaje del poder constituido en el Berlín comunista, lo que uno de los personajes de Dostoievski hubiera dicho, "partiendo de la libertad ilimitada, llegaré al despotismo ilimitado". No, no hay ese tipo de obsesiones, de "demonios", en los protagonistas anónimos de las revoluciones antitotalitarias del este europeo. El resultado no es por ello menos revolucionario que sus antecedentes. Tampoco funciona esta vez la distinción establecida por Albert Camus entre revuelta y revolución.

No introdujeron un cambio o una innovación, hicieron algo todavía más asombroso, hundieron un estado de cosas.

Pero nada arranca de nada. Por honestidad intelectual es preciso mencionar en este momento de la presente disertación la serie de acontecimientos político-sociales de la Alemania comunista en crisis y que de alguna manera preparan el salto hacia el derrumbe del Muro, a la noche del 9 de noviembre de 1989, pero sin determinarla del todo. A saber: la fatiga del modelo económico de la RDA que pasaba como un ejemplo en su género, un aparato industrial obsoleto, la imposibilidad una vez más de introducir nuevas tecnologías sin mayor flexibilidad política, la aparición de penuria en la población, la multiplicación de contactos con el Oeste, la Alemania Federal como contramodelo, y la frustración, la cólera popular y un régimen a la defensiva. La acumulación de dificultades había provocado, en los alemanes del Este, varios éxodos masivos.

Los éxodos alemanes, hay que tomar en cuenta que se habían emprendido reformas en Polonia y en Hungría en 1989, y que en Rusia había comenzado la Perestroika, pero en Alemania comunista Erich Honnecker y su equipo consideraban que su país con una situación económica y social mejor no necesitaba imitar a la URSS de Gorbachov. En mayo de 1989 elecciones locales alemanas fueron falsificadas groseramente, y el resultado fue el aumento de los pedidos de emigración hacia la RFA. Los dejan partir para librarse de los más exigentes. En mayo de 1989, en Hungría (aún comunista) se decide levantar la cortina de hierro a lo largo de la frontera con Austria, nadie se dio cuenta de la importancia de ese acto. Así, a la mitad de agosto, alemanes del Este de vacaciones en Hungría, comenzaron a pasar ilegalmente esa frontera y otros se refugiaron en la embajada de la RFA en Budapest. Vista la situación, el gobierno de Hungría dejó salir a los alemanes del este y 65 mil de ellos (muchos jóvenes, cuadros y obreros calificados) fueron acogidos en RFA. Berlín Este pide a Checoslovaquia que cierre sus fronteras con Hungría pero decenas de millares se reúnen en la embajada oeste-alemana en Praga y en Varsovia. La RDA fue sometida a fuertes presiones internacionales, incluida la URSS, y el gobierno se resignó a enviar trenes a Praga para asegurar el transporte de ciudadanos de la RDA al Oeste. En fin, a fines de setiembre, son las

manifestaciones espontáneas, las primeras después de las revueltas del 17 de junio de 1953 y que se producen en diversas ciudades. La consigna repetida por los manifestantes es "Queremos irnos". El éxodo del verano lleva a la disidencia interna. El 2 de setiembre de 1989, la conferencia de las Iglesias cristianas (la protestante juega un rol muy activo) dirige una carta a Erich Honnecker para pedirle reformas sociales y facilidades para los que quisiesen emigrar. Una media docena de grupos de oposición, entre ellos, el Nuevo forum (9 de setiembre) se vuelve la punta de lanza de la oposición, y fueron creados ilegalmente. Pese a los esfuerzos de la Stasi, la temible policía de Estado, que intenta callar estos grupos calificados de "antisociales", la "Renovación democrática" se constituye en octubre. En fin, una semana más tarde, el partido social-demócrata de Alemania, el SDP, que se había obligado a unirse al partido comunista en 1946 para formar el SED, se reconstituye.

Pero el movimiento de masas que hunde al régimen no halla sus orígenes en esos círculos sino en las manifestaciones silenciosas que tienen lugar después de cada misa en la iglesia San Nicolaz de Leipzig. Los asistentes crecían de una semana a la siguiente, pasando de 5 mil el 25 de setiembre a 120 mil el 16 de octubre. En esas condiciones, la celebración del 40 aniversario de la RDA en Berlín tomó un aire de entierro, a pesar de los discursos ortodoxos de los dirigentes. Los gritos de "Gorbi, Gorbi " por la muchedumbre no hicieron cambiar de opinión al Politburo decidido a reprimir por la fuerza la contestación de la calle. Todo lo cual prepara el gran cambio del 9 de octubre. Ante el cortejo del lunes 9 de sobre el Ring de Leipzig, al cual participaban 70 mil personas, Honnecker había movilizado las fuerzas del orden. Pero los dirigentes locales prefirieron negociar con personalidades independientes para asegurarse de un contenido pacífico de la manifestación. Al hacerlo, al renunciar al empleo de la fuerza, cedían a la calle y todo el sistema de coerción del régimen quedaba desacreditado. En vista que la disuación por el miedo no se ejercía, la gente en la RDA, por todas partes, seguiría el ejemplo de Leipzig. Las reivindicaciones principales eran la convocatoria a elecciones libres y el derecho a viajar al extranjero (6).

Conclusión: el muro se derrumba tras un torbellino de masas. Una serie de manifestaciones acompaña la crisis política, incluso cuando los dirigentes del partido comunista son reemplazados por moderados (Hans Modrow, diciembre de 1989). Es en ese instante —después del Muro— que los dirigentes alemanes abolen el papel dirigente del partido, del SED. Unos días más tarde, la revelación de los abusos policiales del régimen, de la temible Stasi, provoca otra vez la indignación popular —una vez más, la calle— y el comunismo, como minoría gobernante, se da de baja. De ahí en adelante, el tenor de las manifestaciones apunta a la vez a una ruptura completa con el comunismo y a la reunificación alemana. No cabe insistir en el papel brillante del canciller Kohl, de sus propuestas, en esa verdadera aceleración de la integración. El 18 de marzo de 1990 son un plebiscito por la ruptura con el sistema comunista y por la unidad alemana con el oeste.

Se ha querido explicar la caída del Muro por un juego de potencias entre el Moscú de Gorbachov y la Alemania de Helmut Kohl, es una tesis fría, anglosajona, de estrategias sin calle, y en nuestro medio la ha hecho suya en conferencias, Hernando de Soto. Olvidan unos y otros, simplemente, los acontecimientos relatados, es decir, olvidan la sociología, en especial la lección de Max Weber, de Simmel: “cuanto más complicado es la sociedad histórica, es absolutamente imposible coordinar un punto de vista único científico”; la política, la economía, la cultura —insiste Simmel— producen series cognoscitivas enlazadas en ciertas partes de los mismos hechos. A ellos he intentado acudir en una explicación que no sigue ni la matriz liberal, ni marxista, ni positivista académica. Por otra parte, no he dejado de pensar en un concepto que se sitúa en la extraterritorialidad de las ciencias sociales, que viene de la filosofía, y de cualquiera de sus discursos, de Nietzsche mismo, la voluntad de potencia. Acaso esos movimientos, y en particular el de Berlín, han sido sino el clarín de un nuevo tiempo, el “ya estamos hartos de impostura”, sencillamente “el Primer bostezo de la Razón” (Incipit Zaratustra) después de dos siglos de mentiras y fábulas. La fuerza de una masa anónima y determinada de los ciudadanos alemanes. La irrupción en la historia de un hecho casi olvidado, un hecho del que el propio marxismo se había hecho vocero, una forma de salud que le

administra la muerte: la muchedumbre consciente. El muro de Berlín no cae por obra de una vanguardia, de un partido, de un partido esclarecido. Y menos por un arreglito tras bambalinas entre cancillerías occidentales y soviéticas.

La caída del Muro no se somete a la explicación de las derechas que le niegan sorpresa a la historia y toda forma de conciencia a los ciudadanos pero también incomoda en los prados de la izquierda, por naturaleza elitaria, no solamente por encarnar una vasta demolición del mito de “la patria de los trabajadores”, y la amarga denuncia y el inconformismo de los ciudadanos de una sociedad comunista sino por algo peor. Una rebelión de ciudadanos infieles, para usar una de las categorías de Sartori, a su vez derivada de Spinoza. “El hombre infiel es disidente, individualista y racional por naturaleza”. La herida es mayor.

¿Qué revolución pacífica es ésta de gente corriente y sin iluminadas vanguardias? ¿Cómo explicar esa revolución sin proyecto de sociedad o de Estado cuyo horizonte parece agotarse en salir del comunismo cuanto antes? Hay que examinar, sin duda alguna, la literatura de la disidencia que, sin embargo, es extensísima. No obstante, un rasgo puede atribuírsele en común a hombres tan distintos como Boukovski, Solzhenitsin, Sájarov, Havel, en su oposición al totalitarismo soviético, y es el del hartazgo del Estado, de todo Estado; de la política, de toda política. Paradójico final, como si el régimen comunista fuera enterrado por su propio exceso, esa suerte de sobrecarga de la ideología que introdujo en cada resquicio de la existencia humana. Hannah Arendt lo había mostrado en *El sistema totalitario* (1951). Ningún régimen de la historia humana hizo tanto por borrar las fronteras entre lo público y lo privado, entre el Estado y la vida corriente. Pero el resultado fue un efecto perverso, no la exaltación sino la creciente desmovilización. Como lo revela en sus novelas Alexandre Zinoviev, el hombre nuevo de la agitación y la propaganda perpetua es reemplazado exactamente por lo contrario, por un "homo sovieticus", desencantado y cínico. Volviendo al Este, a Berlín, el "leitmotiv" de esa hora resulta claro, de una terrible simplicidad: ellos y nosotros. Si por nosotros se entiende todos los ciudadanos, todo el mundo, "ellos" no son sólo los comunistas, son todo lo que se parezca, de lejos o de cerca, a los políticos. Berlín es "que se vayan ellos". Como en Ecuador, Bolivia,

Argentina, aunque por otras razones, ante otra clase política. En Berlín, fin de la impostura. ¿Después? El ya veremos de todos los verdaderos momentos fundadores. Tabula rasa.

El enigma de la caída del Muro es que no hay enigma. Un rechazo a un estado de cosas, no una ideología que intente cambiar el mundo. Tampoco es una revuelta fundada en el futuro. Es una conquista del presente. La aceptación del mundo como incomplitud. La renuncia al discurso total, global. No es pues, únicamente, la crisis del marxismo y del postmarxismo, de la Perestroika o del Gulag, ni sólo la crisis de legitimidad del Imperio soviético. No hay ni búsqueda ni imposición de otro proyecto radical y mesiánico, ni confianza en las masas o el inconsciente colectivo porque esa fue más bien una agregación de individuos libres. Esa reconciliación con los valores de la democracia en sus usos más elementales (las primeras elecciones libres tuvieron lugar en marzo de 1990) no significa que la muchedumbre de la noche excepcional del muro de Berlín tuviera un proyecto común, otro que salir del comunismo. Luego, como sabe, se dispersaron en un abanico de votos, de lo más corriente. (Cf *Sobre la repartición de asientos en la Cámara del Pueblo*, Berstein, Alemania, p. 265). La ausencia de proyecto es explicable. Hay que asumir, contrariamente a lo que enseñó el marxismo, que ni una clase ni un pueblo, menos una muchedumbre habla por una sola voz ni encarna un sólo deseo más allá del tiempo de su constitución efímera. Ello no impide ni el accidente en la historia, ni la formación de la muchedumbre en cólera fría. Sartre ha llamado Apocalipsis esa fusión de libertades, ese raro momento de fraternidad, cuando los individuos abandonan lo “práctico-inerte”, la serialidad, e ingresan en el dominio de la fraternidad, a veces, fuera de la legalidad, es el caso (*Critique de la raison dialectique*, 1960). ¿Se puede ser revolucionario sin proyecto? ¿Hacer política detestando la política? Berlín 89 sería el caso paradigmático.

El fenómeno de la organización espontánea de los grupos, de la muchedumbre para decirlo llanamente, ha intrigado a sociólogos y filósofos, como Sartre que hemos citado, o a comienzos del siglo, a Simmel, uno de los fundadores de la sociología y que desde 1905 se hacía la siguiente pregunta: ¿En qué condiciones los individuos pueden interactuar y encaminarse a acciones recíprocas? Tema de la

muchedumbre en fuga, del pánico organizador que ha intrigado al propio Freud (*Totem y Tabu*, 1912-13). Elias Canetti, que dedicó su mayor esfuerzo al tema de las masas y sus distintas manifestaciones, habla de un tipo, la abierta, "cuya desintegración comienza cuando deja de acrecentarse" (*Masse und macht*, 1960). Sea como fuere, contagio, mimesis o potencia, fusión apocalíptica en términos sartrianos, autorganización espontánea, pasaje del orden al desorden creador (E. Morin, Prigogine) en una u otra metáfora explicativa, la muchedumbre de la noche berlinense acepta la comparación, por su imprevisibilidad y el resultado inmenso de sus actos, a la que ocupó dos siglos atrás la legendaria Bastilla francesa. Curiosamente, de ambos monumentos a la ignominia, queda poco o nada. El emplazamiento de la Bastilla lo ocupa una plaza pública, es decir, la nada. Los esfuerzos por conservar el muro de Berlín, mientras algunos de sus pedazos se venden en occidente como reliquias, parecen que han sido infructuosos. Como si la nada o la deliberada desmemoria fuera la respuesta de los hombres, acaso sensata, al horror de la historia.

II Parte.

Gino Germani, Rawls, Nozick, Castoriadis, Sandel, Taylor, W. Kymlicka, Walzer...

Cerca de quince años han pasado desde ese cuaderno de viaje y de reflexión sobre el colapso de un mundo en Berlín. Y lo que que ocurrido es tan asombroso como el colapso del bloque soviético. Lo que se ha quedado de pie ha sido la democracia liberal y una ola de movimientos de ambición distinta a las revoluciones del pasado pero que no por ello no dejan de estremecer el principio mismo de autoridad, el Estado y la idea de la nación convencional. Por todas partes, las élites políticas tienen una gran dificultad —y en algunos casos la imposibilidad— para regular de manera pacífica los conflictos sociales y las expresiones de una forma nueva de expresión política, que a diferencia del pasado, no niegan las libertades sino que se afirman en ellas. Los aspectos "procedurales" de la democracia, en la que un teórico de la envergadura de Sartori considera el fundamento mismo de la misma, resultan ahora insuficientes, estrechos. Cada vez resulta más difícil establecer una política que responda a la razón. Acaso porque el nuevo sujeto social emergente (y lo califico sólo a título experimental) no es el

revolucionario del pasado, pero tampoco es el hombre satisfecho. No es pues el burgués.

Que no sepamos denominar lo que emerge, no es la primera vez que eso ocurre. En el tiempo, recuerdo los trabajos pioneros de Gino Germani, en Buenos Aires, entre los años 1955 y 1966. Germani tuvo una visión crítica del peronismo, pero se negó a tratarlo enteramente de fascista. Siendo italiano, tenía una experiencia personal que le permitía un alcance crítico menos provinciano que lo de muchos acérrimos rivales del peronismo. Los trabajos de Germani, reconociendo los rasgos autoritarios del movimiento peronista lo sitúan como un movimiento capaz de movilizar las masas en una situación transicional, lo que lo apartaba del reduccionismo marxista y de los liberales. De ese enfoque conviene retener algo que no ha perdido su vigencia, en sociedades como las nuestras en estado de transición de sociedades tradicionales a la modernidad, lo que Germani llama "las masas en estado de disponibilidad", es decir, susceptibles de ser manipuladas por líderes carismáticos y en condiciones críticas de las democracias incipientes. Todo ello abre un debate sobre el tema del populismo, sobre el cual he escrito en otra oportunidad, y que sobrepasa los marcos de este trabajo. No obstante, señalo con alborozo la aparición del libro del profesor de Evanston, Ernesto Laclau, *La razón populista* (FCE, 2005). Al fin el tema de los populismos, "una práctica política desdeñada" tanto por las clases políticas como por los académicos —molesta en su insolente libertad a unos y a otros— va a ser tratada como lo que es. Un fenómeno político no manejado por los sistemas, capaz de unificar demandas sociales diferentes, y en general antisistémico, de ahí que populismo por lo general quiere decir popular.

A la caída del Muro, la cuestión democrática, al alba del nuevo siglo, parecía tener un camino esplendoroso. Los primeros gestos teóricos fueron seguir la corriente de la sociedad democrática misma, vale decir, la deliberación permanente, la competición de los argumentos libremente expresados, la protección de los derechos y la paz social. El filósofo Habermas piensa entonces en la posibilidad de una refundación de la idea misma "del contrato social". En el supuesto que los valores centrales del Estado y la nación estaban mitigados por el ejemplo de sus abusos, fuentes de nacionalismos intransigentes e utopías sociales

opresoras. Habermas prolonga en nuestro tiempo la confianza de los Ilustrados en la razón humana. Por desgracia, los tiempos actuales nos muestran que ni el poder del Estado disminuye —ahí está China y el vasto mundo islámico manejado por teocracias despóticas—, ni la nación se ha arrancado a sus sueños guerreros : las varias naciones sobre los escombros de Yugoslavia. Tampoco ha avanzado la razón, por el contrario retornan las religiones, y en sus variantes fundamentalistas. El panorama es confuso, coexisten las virtudes pacificadoras de la libertad y la igualdad kantianas y al mismo tiempo, los repliegues identitarios, los mecanismos de exclusión. Desde los años ochenta avanzan por todas partes las tendencias "comunitaristas". Los derechos parecen no poderse pensarse en muchos lugares, desde los Andes hasta el fondo del país vasco o de Europa del este, no como una adquisición del individuo y su libertad, sino de grupos, de valores no sólo comunes, sino dominantes, impuestos sobre los individuos mismos. Es una crisis del universalismo, de los valores de ciudadanos, libertades y derechos fundados en individuos. Queda mucho que discutir sobre cómo la promoción de una sociedad unida y solidaria consigue montar reglas y arbitrajes cuando aparezca el conflicto entre los individuos mismos que la conformen —indios aymaras o mapuches— y sus propias autoridades. Del tema de la libertad individual al interior de las nuevas "naciones", un tema del siglo XXI.

Una gran parte de la teoría democrática camina por la línea de la inspiración roussoniana, vale decir, como una reflexión sobre las condiciones del derecho y la justicia social, como extensiones de los derechos civiles o políticos tradicionales. Habermas, sin embargo, había avanzado la idea de un "nuevo espacio publico democrático" (*Derecho y democracia*, 1992). El Estado democrático no puede sobreponerse, recuerda el filósofo, por más que su obligación sea el imponer reglas, por encima de los individuos. O en todo caso, los beneficiarios de derechos, deben ser ellos mismos, los autores. Todo el tema de la construcción de las leyes queda aquí planteado. Y de las intermediaciones institucionales, asambleas legislativas, landers, gobiernos federales o locales, hasta municipios y gobiernos locales y lugareños.

¿Es la justicia social el horizonte democrático? No tanto los derechos sino los derechos de la justicia distributiva, eso es John Rawls (*Teoría de la justicia*). ¿Cómo es ello posible en la pluralidad de los mundos sociales que señala Michael Walzer (*Esferas de la justicia*, 1983)? No hay sociedad dividida en individuos abstractos y anónimos, señala. Existen en cambio, diversas "esferas", es decir, actividades particulares tan variadas como las del intercambio económico. Ese pluralismo social, ¿cómo se acomoda a la lógica de las representaciones que siempre tiende a ser, por sentido común, unitaria? El debate entre comunidades y Nación es inmenso, y países modernos como Bélgica y Holanda han sabido darle representación particular a identidades religiosas y lingüísticas. Entre los comunitaristas también hay conservadores, como Alasdair Macintyre, un retorno saludable al aristotelismo, la libertad se reduce a la protección del espacio privado ante las invasiones de lo social. Otros como Amitai Etzioni, animador del comunitarismo norteamericano, ante una sociedad cada vez más fragmentada, "en mosaico", dice, eleva los valores del bien común, que ya no está más en la muchedumbre solitaria de individuos consumistas. Etzioni encabeza una crítica muy severa de la sociedad americana actual. ¿Pero es el multiculturalismo la respuesta a la crisis de la conciencia moderna? No tengo tiempo ni espacio para extenderme en las diversas reivindicaciones políticas del pluralismo cultural, ni en los conflictos que se presentan, a priori, entre el diferencialismo y la libertad ciudadana, y los problemas de combinar las minorías nacionales y la sociedad democrática de masas y en consecuencia, con representaciones abstractas que provienen de la práctica democrática después de varios siglos.

Me conformo con señalar la emergencia de diversos nuevos actores. Muchos de ellos étnicos, pero no todos ellos étnicos. Prefiero a esta altura, recordar a dos autores venidos de las canteras de la inconformidad. El primero de ellos es Cornelius Castoriadis, a quien la variedad de la revuelta anti-globalización hegemónica por el modelo americano, el despliegue de miles de organizaciones en un foro mundial como Porto Alegre, vienen a confirmar la intuición del propio Castoriadis, el imaginario radical de la sociedad y sociedades; la institución —sigo sus conceptos— de una creación originaria desde el colectivo anónimo. Desde un "eidos", que sobrepasa, admite "toda

producción posible de los propios individuos". El segundo que quisiera invocar es Antonio Negri. El concepto que utiliza para poder pensar esos actores emergentes es el de "multitud", concepto que es también el título de una revista que edita. La tesis es sencilla, clara y espléndida: el Imperio ha ocupado el ancho espacio del capitalismo global y ha hecho estallar una oposición en mil pedazos". Algunos de esos pedazos viven en nuestras ciudades, colapsadas por la crisis del endeudamiento perpetuo, en Buenos Aires con los piqueteros, capítulo del libro que preparo, y en nuestro mundo, en nuestra propia esfera andina, con los movimientos indígenas de La Paz a Quito, y en otra versión, más híbrida, para tomar el concepto cultural de García Canclini, en los cercos de comunidades a empresas mineras en el Perú. Y de campesinos ciudadanos a alcaldes mafiosos y autoridades corruptas a lo ancho y largo del país. Todo eso es un universo de confrontaciones, y un llamado a inventar una forma activa de democracia, un llamado a una discusión abierta, apasionada, urgente, sobre las ciencias políticas y sociales adecuadas a la novedad histórica, antes que esta nos toque dramáticamente la puerta, con botas y sin votos otra vez.

Notas:

(1) Robert Darnton, *Der Letzte Tanz auf der Mauer*. Berliner Journal, 1980-1990, Munich, Hanser, pp. 51-59, 197-198. Traducción francesa, *Dernière danse sur le mur* : Berlín 1989-1990, París, O. Jacob, 1992.

(2) "*Wir sin das Volk*", el pueblo somos nosotros, se transforma pronto en "*Wir sind ein Volk*", somos un solo pueblo, marcando en consecuencia el pasaje de las preocupaciones por las reformas políticas a la unificación de las dos Alemanias, según H. Ménudier. En: *Allemagne, 1990, L'année de l'unité*; Universalia 1991, Encyclopædia Universalis, pp. 198-200.

(3) *Le Passé d' une illusion, essai sur l'idée communiste au XXe siècle*, Laffont, 1995. Cf *Une certaine idée du comunisme, réplique à Francois Furet* de Denis Berger et Henri Maler, Ed. du Félin, coll. "Question d' époque", p. 125. Sujeta a duras críticas. "A fuerza de idealizar la democracia liberal y de condenar in abrupto las pasiones que la discutían, Furet termina por atenuar la responsabilidad de las democracias parlamentarias en las desgracias del siglo XX. A fuerza de explicar el

desastre del comunismo por los maleficios de la pasión revolucionaria, Furet condena toda revuelta contra el orden establecido. La menor hostilidad contra el capitalismo le parece sospechosa, peligrosa, suicida. Ahora bien, no podemos sacar como conclusión que estamos condenados a vivir en el mundo que vivimos". Cf *L'Événement du jeudi*, N° 618, septembre 1996. ¿La historia ya está hecha? ¿No quedamos en que era abierta?

(4) Joseph Jurt, *La nouvelle Allemagne: Quels symboles?* Actes de la Recherche en Sciences Sociales, París, N° 98, juin 1993, pp. 45-58.

(5) Serge Berstein, Pierre Milza, *L'Allemagne, 1870-1991*. París, Masson, histoire, 3e édition, 1992. Cf *La reunificación alemana*, pp. 258- 261.

(6) Como Erick Honnecker rechazaba toda apertura, los principales miembros jóvenes de los mandos del partido decidieron derrocarlo en la esperanza de iniciar un diálogo, y el 18 de octubre Erich Honnecker pierde todas sus funciones a la cabeza del partido y del Estado. Pero su sucesor, Egon Krenz, no alcanza a detener la desintegración del sistema. Las manifestaciones se multiplicaron por todo el territorio y tomaron una gran vuela (un millón de personas en Berlín el 5 de noviembre). Dos días después, el gobierno de Willy Stoph renuncia a su turno. La dirección del partido estaba desorientada, en el momento en que, y ante la sorpresa general, en medio de una gran confusión, Günter Schabowski anuncia, la noche del 9 de noviembre, la apertura de la frontera interalemana y del muro de Berlín. Según el mismo Schabowski, esta decisión fue tomada por error, al temer los últimos dirigentes comunistas que los berlineses se dirigiesen en masa sobre el Muro para forzarlo. La URSS, responsable de ese sector en Berlín, no fue consultada y protestó por no haber estado informada. Lejos de calmar la revuelta, la supresión de la frontera alemana tuvo dos consecuencias inmediatas. Por un lado, el número de habitantes de la RDA que pasó al Oeste alcanzó proporciones alarmantes, unos 130 mil en noviembre. Por otra parte, las manifestaciones se hicieron cada vez más numerosas, aquellas que clamaban "somos el pueblo" y "somos un solo pueblo", exigiendo la reunificación con la otra parte de Alemania. El 15 de enero de 1990, la sede de la Stasi fue tomada por asalto.

Ayer y mañana. Ensayos, «Ciencia y conciencia», pp 272-290, Fondo Editorial USMP, Lima, 2008